

Hagamos un trato, un paso atrás solo para coger impulso

HISTORIA DE MI HERMANA

Siempre habíamos ido de la mano. Los 4 años de diferencia nunca fueron un obstáculo para compartir confidencias, juegos, risas y llantos. Pero de repente me soltó. Ella decidió coger un camino por el que prefirió transitar sola durante varios kilómetros. Cada día la veía más demacrada y delgada, de peor humor... el camino la estaba consumiendo pero cuando intentaba acompañarla no quería, prefería seguir en solitario con una pesada mochila que le quitaba el aliento.

Hasta que un día me dijo: “No puedo más”. Entonces me tendió la mano y me rogó que conociera el tortuoso camino por el que andaba sola desde hacía varios meses: el de la anorexia. Al principio no entendía nada como por ejemplo que se viera gorda con sus 58 kg para su 1,65 de estatura; que me dijera que se provocaba el vómito casi todos los días y que odiaba verse tan gorda; que tuviéramos una boda familiar y ese día solo comiese una zanahoria porque “luego en la cena voy a tener que comer lo que no quiero”. Me enseñaba fotos de cadáveres andantes y me decía: “así quiero estar”. Yo seguía sin entender nada. Pasaron varias semanas y me costaba avanzar por el tortuoso camino que ella seguía recorriendo.

Estaba desorientada sobre todo cuando me di cuenta de que los razonamientos iniciales no le valían ni me valían. La lógica aquí no era: “pues come porque estás cada día más delgada y ese modelo que ves es un pellejo enfermizo”. Me di cuenta de que decir eso era inútil al igual que considerar que el problema era la comida, sin más. La comida era la punta del iceberg.

Pasé muchos días hablando con ella. Y empezó a aflorar una faceta que hasta entonces no había identificado: se sentía muy dolida por la cantidad de veces que la habían llamado gorda en el colegio; por las veces que había oído: “bailas bien pero te quedas al final del escenario porque como estás tan gordita no quedas bien en las primeras filas”; por esas marchas montaÑeras en las que era el hazmerreír porque llegaba asfisiada a la cima cuando el resto comenzaba la bajada... Y se sentía dolida por la exigencia de un padre que consideraba una obligación de hija cualquier resultado bueno en los estudios o en la vida en general.

Y por eso ella encontró en la comida, o más bien en la prohibición de la comida, un aliado perfecto para en teoría sentirse poderosa y dar un zasca a esos comentarios despectivos o a esa exigencia excesiva del padre. Pero mientras su cuerpo se iba acercando a su ideal, su interior estaba confundido, atormentado...

Fueron muchos meses de ir sola por ese terrible camino que había elegido hasta que cayó en una hondonada en medio de él. Y cuando estaba abajo del todo volvió a gritar SOCORRO, cuando empezó a marearse a diario por la falta de comida, cuando tenía callos en las manos por provocarse el vómito, cuando me sintió lejana y se encontró sola frente



al mundo, cuando sus amistades fueron desapareciendo, cuando en definitiva sintió miedo y un frío helador porque hasta sus emociones empezaban a congelarse, incapaz de sentir en medio de esa obsesión por convertir la comida en su herramienta para tener poder.

Una vez que volvimos a darnos la mano en ese camino repleto de piedras y socavones, intenté tirar de ella pero era un paso para adelante y dos para detrás. El tiempo pasaba, empezaba a hacerse tarde y la noche era cada vez más oscura. Hasta que por fin ella reconoció que estaba enferma y necesitaba ayuda más allá de la que le brindaba la familia más cercana que, por otro lado, estaba desconcertada y buscando culpables. Ese momento fue otro hito y marcó el inicio del cambio de rumbo en el camino. Y aceptó la mano que le tendió un profesional que la mimó hasta el infinito para recuperar su cuerpo y su espíritu a veces con fuertes zarandeos acompañados de gritos y lágrimas.

La vida a menudo es inexplicable y con un zarpazo nos arrancó a nuestro querido profesional que se nos fue arrollado por un cáncer. Pero como todos los ángeles dejó su labor hecha en la tierra y sigue haciéndola desde el cielo.

Ella, mi hermana, comenzó a disfrutar del camino. Cada paso que daba hacia delante, aunque conllevara dos atrás, le permitía avanzar poco a poco. Fueron varios años de recorrer caminos, a veces agotada a punto de tirar la toalla, pero gracias a su fortaleza, determinación y a la ayuda profesional, fue dejando atrás poco a poco la anorexia. Ella misma confiesa que todavía la anorexia no se ha quedado fuera de su camino, que la siente acechar a ratos, pero ya no la quiere ni como aliada ni como enemiga porque ha ganado la aceptación y el afán de superación frente a la desesperación, la dejadez y la desorientación.

Eres grande querida hermana, valiente y ejemplo. Espero que sigamos muchos años más todavía de la mano caminando juntas.